Albertiana

1. «Clamor de merecimientos: Rafael Alberti»

Publiqué yo en *El País* hace ahora justamente diez años, un artículo sobre Rafael Alberti, cuyo título tuvo, en su día, una repercusión que yo no esperaba: «Clamor de merecimientos: Rafael Alberti». En él, y tras hacer un repaso de su primera venida a Madrid en 1927, más como dibujante o pintor que como poeta, recordé sus visitas asombradas al Museo del Prado; la concesión del Premio Nacional de Literatura por un jurado constituído nada menos que por Menéndez Pidal, Antonio Machado, Gabriel Miró, Gabriel Maura, Carlos Arniches y José Moreno Villa; e hice una laga revisión de su personalidad y del concienzudo y afectivo estudio que de su obra hiciera Solita Salinas de Marichal, etc., pensando o creyendo que después de haberle dado el Premio Cervantes a Jorge Guillén, Dámaso Alonso y Gerardo Diego, el más llamado a obtener el siguiente no podía ser otro, a mi modo de pensar, que Rafael Alberti. Incluso hacía yo referencias a declaraciones del segundo de los premiados y a cartas privadas que dirigió, como disculpándose, a Alberti, en las que hacía examen riguroso de los respectivos méritos.

La Real Academia Española, que, por otra parte, tenía un solo voto entre los de otras hispanoamericanas, no le proponía para el premio porque no olvidaba la actitud despectiva que Alberti había utilizado para contestar a una oferta de nombrarle por unanimidad académico de honor que en visita privada le hicieron unos miembros de la misma. Respuesta quizá fraguada en uno de esos momentos de ofuscación y rabieta que todos podemos tener y de la que en nuestra conciencia algún día nos arrepentimos. Pero Alberti aireó su respuesta algo más de la cuenta y el surco entre la entidad y el solicitado se ensanchó. En las peticiones anuales del Premio Cervantes la Academia reiteró después, año tras año, la propuesta para Camilo José Cela, también dignísimo meritorio. Pero Alberti, que varias veces había sido uno de los seleccionados para el premio Nobel (un solo voto, por tres veces lo separó), se acordaba ya poco o nada, creo que por olvido en unos casos, por dejadez en otros, y por política en los más; y su nombre fué quedando en la cuneta, hasta que un ministro español cogió las riendas del asunto, que administrativamente no le incumbía, como regidor de la

cultura hispana y logró la concesión. Que fue ciertamente discutida por algunos que hacía muchos años habían venido insultando a Alberti y ahora le traen en palmitas. En el periódico que lo hace me lo explico; en él no.

Reproducía yo también en aquel artículo una famosa frase de Azorín a propósito del libro *Sobre los ángeles,* que decía: «El poeta, en este libro, llega a las más altas cumbres de la poesía lírica. No creo que en todo nuestro parnaso haya cosa más bella, más honda, de mayores perspectivas ideales, que la poesía titulada «El ángel de los números». Alberti había regresado a España, pero como muy atinadamente dijera Umbral, «no a la España de los ángeles». Y aquel le había respondido con tanta veracidad como lirismo: «Yo no soy ningún líder, soy un joven poeta al que le tocó vivir entre el clavel y la espada, siempre en largo destierro y en España». Bellísima y sentimental frase llena de verdad (no ser líder, haber sido joven visto desde la setentena) y de poesía lírica (largo destierro, pero sintiéndose en su tierra).

No recuerdo si al aparecer mi artículo Alberti estaba en Roma o en Barcelona, pero ese mismo día me llamó para darme las gracias con estas sentidas, efusivas y albertianas palabras que mi aparatejo registró: «Oye Vega, yo creo que a ti te gusta fabricar enfermos del corazón. Ese tu clamor me ha caído en el corazón como un meteorito venido del cielo y me lo ha hecho polvo. ¿Qué podría explicártelo mejor que este abrazo que María Teresa y yo estamos dándote y cuyos manotazos tienes que estar sintiendo en la espalda? En cuanto regreses a Madrid os citaré en mi casa para que cenemos jamón, queso y pan y nos bebamos una *frasca* de tinto». Así lo hicimos; yo llevé, ya en lonchas, buen jamón de Trévelez y dos botellas de Marqués de Murrieta, que desgraciadamente se rompieron al bajar del taxi en la puerta de su casa de la Cuesta de San Vicente. Rafael puso el vino y el postre; y su presencia, que supera en calidad a todo lo demás.

2. Mi conocimiento de Alberti

Conocí a Rafael Alberti a finales del año veintisiete o comienzos del veintiocho, recién llegado él a Madrid, cuando en los cenáculos madrileños (Ateneo, La Arrumbambaya, Pombo, Cafés de Gijón y Castilla, etc., etc.) su nombre resonaba con ecos de bicefalia cultural, porque era tan buen pintor como poeta; pero en poesía empezó a llevar una marcha irrefrenable. Azorín habia dicho en la Librería Verdegué que «ese muchacho es el genio poético de una generación que hará época», según fue la época que ulteriormente se llamó generación del 27 y esa frase estaba en consonancia con la antes comentada del mismo Azorín. Sin embargo, mi conocimiento con Alberti no alcanzó el nivel de una verdadera amistad, porque nuestros contactos no era frecuentes (estudiar medicina me ocupaba mucho tiempo) y porque formábamos en grupos diferentes, aunque nos tratábamos todos. Tengo muchas fotografías de aquellas

calendas con Neruda, Lorca, Salinas, Guillén, Lafón, Larrea, Prados, Altolaguirre, Concha Méndez, Dámaso y Alberti.

En 1929 mis inclinaciones poéticas quizás instigadas por Alberti más que por otros, me arrastraron a publicar un primer librito titulado *Decantación en verso*, en el que dediqué un poema, «Tránsito» a Alberti, y se lo mandé a su casa (no me acuerdo dónde vivía entonces). No me acusó recibo, ni siquiera por teléfono, pero pocos días después, al encontrarnos casualmente en una exposición de pintura de algún amigo mutuo me dijo: «He leído tu libro, del que me gustaron algunas cosas mucho, otras me divirtieron y otras no me gustaron nada. La que menos, justamente, la que me dedicas, de la que solamente los dos últimos versos tienen un sentido moderno y encierran una metáfora que me gustó». (Estos decían: «La vaca ya está pariendo/ el ángelus matinal»). «Eso de parir un ángelus y que la parturienta sea una vaca, es un acierto» y agregó que los últimos versos del poema dedicado a Federico (entre ellos había amistad y un tanto de recelo) tenían un matiz casi biográfico que al interesado le venía como anillo al dedo. Me desconcertó esta advertencia porque aquellos versos que yo escribiera a la buena de Dios, es decir, sin ninguna intención expresa, en la mente de Alberti pasaban a tener casi una orientación descriptiva de mi granadino amigo, que llamaba a mi madre «doña Avelinda» (*El País*, 20, marzo, 1980).

Para mí lo principal fue comprobar que Rafael había leído el librito: mucho peor me trató después don Miguel de Unamuno, aunque subsanó el exceso. A la mañana siguiente me encontré en el Paseo de la Castellana al incomparable «Cónsul de la Poesía» Juan Guerrero, a quien había sido presentado poco tiempo antes por Cayetano Alcázar, y me detuvo para decirme: «Es usted un osado, amigo Vega; meter en un solo libro poesía cubista, dadaísta, superrealista y romancista es un error por su parte». Entonces le conté lo que veinticuatro horas antes me comentara Alberti y me respondió sólo esto: «Siga usted a ése de cerca, que todo lo que hoy es en el mundo Juan Ramón Jiménez, y quizá más, lo será ese gaditano en el futuro».

3. Rafael Alberti en el Lyceum Club femenino

Fui testigo de la famosa lectura por Alberti de sus poemas superrealistas en el Lyceum Club Femenino; no puedo recordar ahora la fecha pero no sería difícil puntualizarla, porque la anécdota es bien conocida. Si hablo de ella es solamente porque vale en mi testimonio personal y por haber sido casi vecino de los asientos de los protagonistas. Allí se armó un gran jaleo entre las señoras que no comprendían el superrealismo y las que lo aceptaban con entusiasmo por pedantería o por novedad. Las primeras, hechas a la antigua, entre campoamorianas y espronceda nas, eran las más ariscas e inquietas, hasta que se hartaron y se levantaron, haciendo ruido con las sillas y soltando algunos vocablos hirientes para el poeta. Pero éste, tras mirarlas fugazmente, prosiguió la lectura intercalando en voz alta, como si estuvieran escritas

entre signos de admiración, palabras parecidas a ésta: «¡Y esas palomas negras que se van dejan en sus asientos bolitas de cabra!». Se granjeó la simpatía del público restante que lo interrumpió con aplausos. Al final del acto, nuestra amiga Pepita Carabias estuvo a punto de pegarse con una de las protestonas y, ya en la calle, Antonio Espina tuvo una pequeña zapatiesta con las que habían salido antes y estaban en la calle del Barquillo esperando para insultar a Alberti. Todo se resolvió con la intervención de la esposa del doctor Plácido G.

4. En la tertulia privada de Jiménez Díaz

Don Carlos Jiménez Díaz, mi maestro de Patología Médica, me otorgaba una amistad muy afectuosa, que cambió por verdadero cariño mi disciplina de alumno, antes de la guerra civil. Reunía un día a la semana en su piso de Velázquez 10 a un grupo de sus mejores amigos de entonces que puedo recordar, muy distintos de los de la posguerra, porque la contienda y sus repercusiones éticas lo alteraron todo. No viene a cuento que lo explique aquí (aparecerá en otra publicación que tengo en ciernes). El hecho es que una mañana en el hospital me invitó a ir por la tarde a su casa (estudiando yo 4.º año). Aquel día había yo tenido un gran tropiezo en el Hospital que me había hundido, aun no sintiéndome culpable. Y a su casa llegué hacia las siete. Con don Carlos y Conchita estaban Plácido González Duarte y su esposa, el doctor Maortua y una hermana, B. Sánchez Cuenca (auxiliar de la cátedra), un notario de Madrid que creo se apellidaba Hernández, Sainz de la Maza, entonces muy joven guitarrista, Pepe Bergamín y algún otro colaborador de la revista *Cruz y Raya*, a la que también pertenecía Jiménez Díaz; Rafael Alberti con María Teresa León; y un sacerdote cuyo nombre olvidé, que había dado clases de solfeo a Jiménez Díaz y ultimamente se las daba de piano. Conservo bien grabadas en la memoria las miradas de rencor con que éste miraba a los Alberti por el hecho de no estar casados. Algunas veces estaba también Adolfo Romero, el ayudante más querido del maestro, y el firmante de estas líneas, que se sentía un tanto avergonzado por la invitación. Las charlas de la tertulia solían girar alrededor de temas intelectuales (literatura, filosofía, historia, etc.) y toros, por la amistad recién iniciada entre Domingo Ortega y don Carlos, que decía ser joselitista. Pero aquel mi primer día, el anfitrión guardaba a todos una sorpresa que no resultó muy oportuna: iba a mostrar sus progresos pianísticos con un concierto propio de dos cortas obras de Chopin. El cura profesor mostró su disconformidad, pero Jiménez Díaz, quizá seguro de sí mismo, se empeñó y lo hizo contrariado por la actitud del consejero. Yo nunca entendí de música, pero escuché con toda atención, hasta que vi al cura hacer gestos faciales de disconformidad mientras de vez en cuando Jiménez Díaz miraba al cielo con gesto de entrega espiritual. Pronto empezaron unos y otros a mirarse con indisimulable sorna. En un momento determinado, don Carlos echó las dos manos hacía atrás para hacer una nece-

saria pausa (ignoro el nombre musical de ese acto) y todos los presentes iniciamos una ovación creyendo que había terminado; pero no era ese el caso, y terminó pocos minutos más tarde. María Teresa León hasta se puso en pie en aquel momento de desconcierto. Cuando la pieza musical terminó y aquella estaba diciendo algo, se oyó más fuerte la voz de Rafael Alberti que amistosamente y sin inmutarse exclamó desde su butacón: «No sigas, Carlos, que te van a salir callos en los dedos y después dirás que tienes un *síndrome de Chopin*». El concertista sonrió y confesó: «Verdaderamente, no estoy todavía maduro...». A lo que replicó Rafael: «Sí lo estás, Carlos, pero para enseñar medicina. Mo te empeñas y, en todo caso, aprende a tocar *La Internacional*, que la cantaríamos algunos de nosotros y no se verían tus pequeños entuertos...»

La tertulia siguió después los pasos que habría de seguir otras veces; pero yo estuve rehuyendo encontrarme a solas con don Carlos por no saber de qué podía hablarle, ya que darle las gracias por la invitación de aquel día era traerle a la memoria cosas que le dolerían. Pero dos semanas más tarde me reiteró la invitación con la condición de que llevase a mi novia, después esposa, y acudimos cinco o seis más. Aquella tertulia me hizo conocer mucho mejor a Jiménez Díaz-persona, y que no me sorprendieran tanto después, las causas que motivaron nuestra separación.

Bastante después de terminada la guerra civil, almorzando en Roma en un restaurante muy próximo a su casa, y cuando estábamos recordando cosas baladíes de tiempos idos, Rafael me dijo: «Y te acordarás también de aquellas reuniones en casa de Jiménez Díaz... Cierto día nos dio un concierto espantoso... ¡Era un ingenuo! Cuando quiso verme en Argentina yo me negué porque había huido de nuestra zona después de que nuestro partido se volcara por él. Pero ya en aquel concierto Chopin sonaba igual que el *Deutschland über Alles*. Yo intenté discutirle aquellas afirmaciones pero no pude apearle del carro porque me apabullaba con sus acusaciones.

5. Rafael Alberti y María Teresa León en el Hospital n.º 6 de Chamartín

Durante la guerra civil, tuve pocos ocasiones de hablar con Alberti. Un día fui con un compañero médico (no sé si con el doctor Barreda o con el doctor Gavilanes) al palacete de la Alianza de Intelectuales Antifascistas (Marqués del Duero 7) para pedirle que fuera a recitar algo a los enfermos y al personal del citado centro. Con la ayuda del gran escenógrafo Eduardo Ontañón logramos que él y María Teresa fueran una tarde. Dieron un festival exaltador de la resistencia republicana; durante el mismo cayeron unas bombas nacionalistas en los basureros del viejo Madrid, a menos de doscientos metros del Hospital; se rompieron algunos cristales, pero nadie se inmutó y el acto se celebró bajo la presidencia de Jiménez Díaz, con su mono blanco. Rafael leyó uno de sus romances al duque de Alba y otro a la defensa de Madrid;

María Teresa pronunció una simpática alocución y un joven jerarca comunista de Madrid, de nombre Antón, tras una leve introducción empezó a cantar la *Internacional* que todos seguimos puño en alto. Cuando todo se creía terminado Jiménez Díaz pronunció emocionado unas palabras y citó el «entusiasmo platónico» que no creo viniera a cuento. Rafael Alberti, que todavía estimaba bien a Jiménez Díaz, se volvió a él al despedirse y le preguntó mirando hacia todos: «¿Cuántos fascistas tienes aquí camuflados?». Los tres que formábamos el comité político del hospital (doctor Barreda, socialista, doctor Gavilanes comunista; y yo de izquierda republicana) se lo negamos violentamente no obstante saber que teníamos allí protegidos a más de una docena de buenos amigos de derechas, pero en ningún sentido peligrosos. Pasaron los años y la guerra y Alberti me dijo un día: «¿Y qué fue del nido de facciosos que escondíais en el hospital de Chamartín?». Afortunadamente a aquellos no les había pasado nada y se lo dije, pero los franquistas denunciaron y fusilaron a bastante personal médico.

Justamente unos días antes de que el Partido Comunista hubiera decidido transformar el Convento en Hospital, nada más requisar el edificio y dejar huir a las monjas (una de las cuales fue a esconderse en mi casa de la calle Santa Engracia por razones muy privadas) los miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas habían sacado de allí varios cuadros buenos que pusieron a resguardo, pero por la razón que fuera, quizás olvido, quedó allí la biblioteca que tuvimos que salvar los médicos porque la cocina y la calefacción del edificio eran encendidos con libros de la misma; entre ellos algunos libros antiguos de importancia teológica, que yo entregué en la Biblioteca Nacional después de decírselo a Alberti.

6. *El Mono Azul*

Casi nada más estallar la guerra civil, la Alianza de Intelectuales Antifascistas, cuyas ideas fundacionales correspondieron casi en su totalidad a Rafael Alberti y María Teresa León, dedicada sobre todo a la salvación del Tesoro Artístico Nacional, editó una modesta publicación semanal de dos simples hojas, para impulsar la defensa contra la sublevación. Fue *El Mono Azul*, cuyo comité editorial estaba constituido por María Teresa León, José Bergamín, Rafael Dieste, Lorenzo Varela, Rafael Alberti, Antonio Luna, Arturo Souto y Vicente Salas Viu. Yo conservo algunos números; pero en 1975 se hizo una nueva edición completa, que mi secretaria me regaló, y a la que Rafael agregó una de sus polícromas dedicatorias: «A Francisco Vega Díaz camarada de los tiempos heroicos».

No obstante constarme que todos los especializados en la obra albertiana y en la literatura bélica de la República han estudiado *El Mono Azul* y seguramente lo harán en este mismo número de *Cuadernos*, quiero insistir hoy en algunas menudencias interesantes a mi objetivo recordatorio. El *alma mater* de la publicación fue María Teresa

León, autora de muchos artículos sin firma y editoriales. Pero sería imperdonable olvidar *El Romancero de la guerra civil*,en el que colaboraron todos los grandes poetas del candelero juvenil encabezados por Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández, Antonio Oliver Belmás y otros varios. Publicó Alberti allí doce romances, algunos con lenguaje muy violento; «El último duque de Alba» aparece en el segundo número y siguen después los restantes, incluyendo también la «Letrilla del Mono Azul», sencilla presentación de los objetivos del folleto. Entre los tres artículos en prosa firmados por Alberti recuerdo, el titulado «Mi última visita al Museo del Prado» donde describe con emoción el bombardeo de los nacionales sobre el mismo (treinta y cuatro bengalas para iluminar bien la zona a bombardear y catorce bombas incendiarias); también la descripción de su acción personal y directa para salvar «Las Meninas» de Velázquez y el «Carlos V a caballo» de Tiziano. El dolor espiritual de Alberti al ver las paredes de las grandes salas del Museo desnudas, al atardecer, fue tan intenso que terminó el artículo diciendo: «Yo, después de la evacuación de Las Meninas no quise volver al Museo en toda la guerra».

Dedicó un poema al asesinato de Federico García Lorca; se le adelantaron Emilio Prados y Vicente Aleixandre con otros bellos y sentidos poemas.

De María Teresa León destacaron en *El Mono Azul* un artículo destinado a Máximo Gorki, al que personalmente había conocido, y otros dos títulos: «De muerte a muerte» y «Gato por liebre».

7. Frustración de un álbum de fotografías

Desde hace unos veinticinco años vengo pasando las vacaciones veraniegas en la provincia de Cádiz: Conil, Los Caños de Meca, Chiclana. Mucho antes de que Alberti regresara a España proyecté hacer un álbum de fotografías en el que recoger su trayectoria vital, desde su primera infancia, retratando cuantos puntos citaba en *La arboleda perdida* y otros que las informaciones me fueran aportando. Para ello recabé datos de conocidos míos que pudieran facilitármelos directamente o a través de otras personas incluída, en primer lugar, su prima carnal, la señora de Terry con sus hijos. Asimismo se desvivieron en ayudarme el doctor don José Villar (gran internista de Cádiz y amigo mío desde la juventud); la familia Vargas, dueña de la venta del mismo nombre en San Fernando que hasta me llevaron en su coche mañanas y tardes enteras, y cuya devoción por Alberti me constaba (no obstante lo cual éste no pisó nunca el restaurante donde le anhelan ver y en una de cuyas paredes cuelga un dibujo suyo); el empresario de la plaza de toros del Puerto de Santa María señor Barrilaro, y otros amigos de Alberti y míos que me acompañaron a ver la casa en la que éste viviera y de cuyo patio había desaparecido el árbol de sus recuerdos.

Llegué a reunir unas doscientas fotografías y encargué otras tantas a fotógrafos aislados; pero todos me fallaron, o confundieron los sitios solicitados, por lo que la

colección quedó tan coja que desistí de continuarla, y el álbum se frustró. Todas las que había hecho se las dí al interesado sintiéndome dolidamente fracasado porque era el obsequio principal que yo quería llevarle para el día que cumpliera los setenta años.

8. Amenaza de muerte en el café de Roma de Madrid

Casi recién vuelto Alberti a Madrid le invité un día a almozar en mi casa. Su partido político le había designado un guardaespaldas (¿Antoñito?) que le acompañaba a todas partes por temor a algún acto vandálico de los falangistas ultras. Los dos venían a pie por la calle de Serrano y por la acera de los impares y al pasar por el café de Roma, que conservaba el mismo nombre y casi la misma apariencia externa que antes de la guerra, Alberti recordó que allí solía sentarse en tiempos pasados con una novia de la que había estado enamoradísimo* (por azares del destino vivía muy cerca del café, con sólo una casa intermedia, casada con un dignísimo abogado y ambos clientes míos). Ignorando que tal café era un nido de falangistas furibundos y movido por aquel recuerdo sentimental, Alberti penetró en el café y acercándose inconscientemente al mostrador pidió, a la antigua usanza, dos «cañas» de cerveza. El camarero le reconoció por su melena blanca e iba a servirle gustoso, pues era de su misma cuerda; pero como si les alzaran unos resortes, se levantaron de una mesa inmediata cuatro o seis jóvenes corpulentos, uno de ellos, mostrándole una manopla cuyo metal brillaba entre los dedos de la mano derecha, y gritando como un energúmeno le espetó: «Tiene usted medio minuto para marcharse vivo de aquí». Rafael, tranquilamente, pero dándose cuenta de lo que podría ocurrir en caso de resistencia, le respondió: «Necesito mucho menos tiempo» y con su amigo salió a la calle rápidamente en dirección a mi casa, que estaba a menos de cien metros. Le abrí yo mismo la puerta cuando llamó y, dejándose caer en una butaca del *hall*, me relató lo sucedido con algún aderezo bromista. Pensé llamar por teléfono a la policía; pero antes nos asomamos dos o tres veces al balcón y al comprobar que no le habían seguido quedamos tranquilos. Se contentaron con la «heroicidad» de haberlo echado del café. Ese era el clima más favorable que todavía persistía en algunos antros de pandillas agresoras.

9. Los Alberti en Torrelodones

María Teresa y Rafael vinieron dos veces a mi casa de Torrelodones. La primera porque él quería conocer mi colección de corazones, y la segunda, sólo para almorzar y para que María Teresa tomara un poco el aire libre. Ella se sentía muy bien entre las flores y él se sorprendió del tamaño de las rosas y de las doce o quince adormideras que estaban en flor y cuyas corolas con veintiséis centímetros de diámetro eran mucho mayores que las que había visto en plantaciones de Hispanoamérica.

** Esta señora posee, entre otros recuerdos de Rafael Alberti, unos poemas escritos con letras construidas con los billetes de los tranvías que ella y él usaban en los desplazamientos. A ella debo esta confidencia.*

Cortó una de ellas para traerla a Madrid, pero con el calor de la mano y el del aire quedó reducida a menos de la mitad con extrañeza de todos. Recuerdo que uno de aquellos días María Teresa hasta pretendió correr entre los mínimos jardines en juego semi-infantil, pero se cayó haciéndose una leve herida en el codo, curada la cual nos volvimos a la capital.

10. Alberti y la enfermedad de María Teresa

La triste situación demencial, por todos conocida, de la adorable María Teresa León, venía siendo ya algo alarmante cuando la pareja regresó a España. Una de las veces que vino a mi casa se levantó varias veces de la mesa diciendo que se le iba a escapar el tranvía y que no podrían llegar a tiempo a no sé que sitio de Roma. Cuando Rosa Cordón, con quien tenía una amistad fraguada en muchos años de casi convivencia, se levantó para traerla de nuevo, María Teresa le preguntó quién era, y al contestarle con cariño, María Teresa le replicó: «Mira vete a buscar a Rafael que está en peligro. Pero escucha: ¡Qué bien te conservas!». Rafael estaba sentado junto a ella.

Alberti se portó maravillosamente con María Teresa, llegando a pasar apuros para poder pagar la clínica donde por indicación médica estaba albergada. Creo saber que llegó a necesitar que le pagaran sus libros o artículos con adelanto y que en una ocasión fue a cobrar el valor de un artículo de periódico, el mismo día que apareció, mas no puedo asegurarlo. Lástima que el Premio Cervantes, por el que yo abogara en el artículo que comenté al comienzo, se lo otorgaran tan tardíamente y por decisiones extrañas, porque ningún español de entonces lo merecía más que él. Sé que ninguno de los premiados españoles —todos amigos míos— me reprochará este comentario. Recibido a tiempo le hubiera permitido seguir con menos inquietud la enfermedad de María Teresa y sus propias necesidades. Pero aunque no respondo de su veracidad, porque yo entonces estaba muy enfermo y no pude asistir a la concesión, alguien me contó que cuando ya tenía en su poder el cheque del premio y hasta contaba, él comunista, con el afecto admirativo de S.M. la Reina, Rafael bromeó con uno de los amigos de ambos en el mismo salón de la Universidad de Alcalá de Henares, del siguiente modo: «Cuando Ménendez Pidal y Machado me dieron el Premio Nacional de Literatura me lo gasté casi todo en helados. ¿Cuántos helados me darían por estos millones?».

11. Rafael Alberti y el jamón

Creo que Rafael Alberti gastronómicamente hablando es un jamonófilo. Tengo la experiencia de que le entusiasma el buen jamón de Sierra, muy especialmente el de la de Huelva y, sobre todo, el comercialmente conocido como de Jabugo, bien curado.

También el granadino de Trevélez aunque la visión de este último le entristece, hasta al oírlo nombrar, por el recuerdo provinciano de Federico. Siempre que en mi casa nos hemos reunido ha sido al calor de jamón verdaderamente serrano y de un buen tinto de la Rioja. (Me pidió le diera un ejemplar de las invitaciones que yo cursaba a los amigos cuando deseaba reunirlos en casa encabezada por un versuco que decía:

Jamón y queso,
pan y tintorro,
hacen al hombre
fruncir el morro

Cuando Rosa y Tere Cordón y mi actual esposa fuimos a Roma por sus setenta años, le llevé como regalos de la que hoy es mi esposa y míos una capa española de la casa Seseña, una calavera de toro de lidia bien limpia y soleada (de la ganadería gaditana de Camacho) y un jamón curado regalo a medias de la Venta de Vargas de San Fernando procedente de Cumbres Mayores. Del frustrado álbum de fotografías le di todas las que tenía. Llegamos a Roma con el lógico temor de que nos prohibieran pasar el jamón en la aduana del aeropuerto, pero tuvimos gran suerte porque mientras los «carabinieri» se distraían revisando la cabeza de toro y los cuernos como yo les explicaba, Terín Cordón se echó al hombro el jamón y mirando a los aduaneros y con una gran carcajada les dijo en italiano: «Esto es un jamón de ese pobre bicho». Los aduaneros se echaron a reír algo sorprendidos, pero no advirtieron lo que se les colaba. Desde el hotel avisamos por teléfono a Rafael de lo que le llevábamos y éste se apresuró a sacar un largo cuchillo de cocina con el que pidió, al llegar nosotros, peláramos un poco del pellejo para comerse a renglón seguido unas lonchas y tomarse una copita de Chianti, naturalmente haciéndonos partícipes del convite.

Comentario final

Pero, ¡lo que son las cosas!, como suelen decir los madrileños galdosianos; en agosto de 1984 yo tuve que ser sometido a una intervención quirúrgica con la que no se pudo evitar que quedara paralítico de las cuatro extremidades varios meses, y Rafael Alberti fue el único amigo que no fue a verme ni una sola vez en los cinco meses de mi hospitalización, aunque su simpática sobrina María Teresa preguntara por teléfono. Me dolió mucho, pero lo comprendí, porque conociendo a Alberti, sabía que con ello huía de los espectáculos deprimentes, que para él son atormentadores. Posteriormente el tuvo también muy graves accidentes y yo tampoco pude ir a verle, aunque fue por mi invalidez. Esta consideración no reza con el afecto y la admiración que le sigo profesando y con la seguridad de que nos veremos muy pronto, antes o después de recalar veraniegamente en Cádiz.

Francisco Vega Díaz